



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Pensar lo Inimaginable

La Shoá y sus Víctimas

Thinking the Unimaginable.
The Shoah and its victims

Autor

Manuel Torres Fernández

Director

Pablo Lópiz

Facultad de Filosofía y Letras

/ Filosofía 2020

ÍNDICE:

I.	Introducción.....	p. 3.
II.	¿Cómo pudo suceder tal abominación? El Engendro del Fascismo y de la Modernidad.....	p. 4.
III.	¿Qué supuso para las propias víctimas? La vida en el Lager.....	p. 12.
IV.	¿Por qué la Culpa y la Vergüenza en los Supervivientes? La muerte en el Lager.....	p. 19.
V.	Conclusión.....	p. 23.
VI.	Bibliografía.....	p. 25.

Introducción:

Las siguientes páginas ahondarán un momento en la historia del ser humano que a muchos les gustaría borrar, un episodio de nuestra andadura en el planeta Tierra que podría ser censurado, eliminado de nuestra historia, pero que desgraciadamente sigue estando ahí, en la memoria de muchos y en las páginas de nuestros libros de historia, y que tras más de setenta años desde su final, aún causa estupor a las mentes que deciden adentrarse en él e imaginar cómo debió de ser en sus más inmediatos protagonistas: el pueblo judío europeo.

Cientos de libros se han escrito sobre él, testimonios de sus supervivientes en algunos casos, otros un intento de poder entender o analizar lo ocurrido, de maneras más o menos acertadas; cientos de películas y series que han tratado de plasmar este episodio tan aciago para el pueblo judío y que en muchos casos solo se quedan en la superficie; cientos de trabajos académicos y de investigación históricos, filosóficos, sociológicos... se han escrito sobre uno de los mayores genocidios cometidos por la raza humana y que aun a través de este ingente río de tinta nos es difícil poder entender el porqué y el cómo del mismo.

Este, mi trabajo, no va a ser otra cosa que un acercamiento, uno de miles, a este suceso; para ello nos aprovecharemos de otras páginas escritas por hasta dos de sus protagonistas, supervivientes de este condenado holocausto: Primo Levi y Jean Améry. Prisioneros en el *Lager* de Auschwitz, fueron dos supervivientes judíos que pudieron plasmar en sus obras lo que supuso para ellos mismos aquella funesta experiencia. Ellos nos guiarán siempre en cada una de las palabras que aquí se formen, ya que no olvidemos, como dice Primo Levi que “al cabo de los años, hoy se puede afirmar que la historia de los Lager ha sido escrita casi exclusivamente por quienes, como yo, no han llegado hasta el fondo”¹. No veo pues otra manera de indagar en este asunto sino es de la mano de autores que tuvieron la suerte de no tocar fondo en aquellas fábricas de muerte, entre otros.

Y antes de comenzar a escribir surge en mí la primera cuestión: ¿Cómo abordar un tema como este? Esta pregunta es recurrente a quienes, como yo ahora mismo, empiezan a escribir sobre cualquier cuestión de la que quieren desarrollar una pequeña o gran reflexión y ponerla sobre el blanco de una página. Tras la amplia lectura de las obras que

¹ Levi, P. *Trilogía de Auschwitz*, Austral, Barcelona, 2019, p. 481.

iremos citando aquí, y que supondrán el conducto por el que transcurrirán mis reflexiones, me percaté de una única respuesta a la pregunta anterior: filosofía. La filosofía, en gran medida, es hacerse las preguntas oportunas, aquellas preguntas que solo la filosofía se plantea, pues ha de ser incisiva, crítica y con la suficiente luz como para iluminar las sombras de los planteamientos que expone y que posteriormente decide profundizar. Nos vemos en la obligación de hacer lo mismo, de plantarnos las preguntas concretas y precisas, las preguntas trascendentales en torno a este episodio, para así arrojar la luz necesaria y ser capaces de desarrollar en las siguientes páginas nuestro monográfico.

Comencemos preguntándonos cómo pudo suceder en pleno siglo XX.

¿Cómo pudo suceder tal abominación?:

El Engendro del Fascismo y de la Modernidad:

Los *Lager* empezaron a funcionar una vez el régimen nazi encabezado por su venerado líder obtuvo el poder. Impuso leyes raciales como las Leyes de Nuremberg, que, entre otras cosas, no consideraba a los judíos como ciudadanos del Reich pues su sangre no era alemana, por lo que cualquier individuo con ascendencia judía (profesase o no la religión judía) no sería considerado integrante del pueblo alemán y de la comunidad racial alemana. Un gran número de judíos alemanes como Jean Améry, intelectual alemán y judío de ascendencia, no tuvo más remedio que exiliarse ante el inicio de la catástrofe, pues “como él, habían creído en la cultura alemana, pero la identidad alemana les fue denegada: por la propaganda nazi, en las inmundas páginas del *Sturmer* de Streicher, el judío es descrito como un parásito peludo, grasiento, de piernas retorcidas, de nariz aguileña, de orejas como pantallas, que solo sabe perjudicar a los demás. No es alemán, por axioma; por el contrario, basta su presencia para contaminar los baños públicos y hasta los bancos de los parques.”²

El racismo más vil se extendió como un tumor por toda la sociedad, promulgado por un régimen fascista y racista, cuyo objetivo era la dominación del mayor territorio mundial posible y el exterminio enteramente lícito de aquella raza que considera inhumana, en el sentido de no considerarla ni tan siquiera humana. Y para el régimen nazi

² *Ibíd.*, p. 582.

no fue una tarea demasiado complicada la de expandir estas ideas de supremacía, ya que “a los jóvenes nazis les habían metido en la cabeza que en el mundo había una sola civilización, la alemana (...) Por lo cual, quien no entendía ni hablaba alemán era, por definición, un bárbaro (...) había que hacerle callar a patadas y ponerle en su sitio, a tirar de algo, llevar algo o empujar algo, porque no era un *Mensch*, un ser humano”³. Al resto de los pueblos del mundo había que conquistarlos, sin embargo, el pueblo judío no debía tener ni siquiera ese privilegio, eran menos que animales para sus constreñidas y racistas mentes, por lo que solo podían ser exterminados.

La sociedad en pleno siglo XX comenzó a verse como un mundo que podía y debía ser mejorado, y para ello era imperativamente necesario eliminar todo aquello que no podía formar parte alguna de ese mundo ideal, es decir, a los judíos. Los instrumentos que la modernidad nos había otorgado les permitiría eliminar el “*virus*” que enfermaba esa sociedad que se quería convertir en un mundo mejor. Y ese “*virus*” para muchos, incluido el líder del que fuese el régimen nazi, era el pueblo judío, y por tanto era necesario “*limpiar*” la sociedad de ellos. Estas expresiones en cursiva eran utilizadas comúnmente por Hitler y el régimen nazi para referirse al pueblo judío, y “tanto la retórica como la forma de hablar de Hitler estaban cargados de imágenes de enfermedad, infección, putrefacción, pestilencia y llagas (...) hablaba de los judíos como de bacilos, de gérmenes en descomposición o de parásitos”⁴, y como de un catarro, o como cualquier otra enfermedad en nuestro organismo, es aconsejable, o directamente necesario, eliminarlo del cuerpo, en este caso, de la sociedad, pues la estaban enfermando.

Miles y miles de judíos fueron deportados a los campos de concentración que construyó el régimen nazi comenzando así la Shoá judía.

Con todo la Segunda Guerra Mundial estalló, debido a las ansias de expansión territorial del fascismo, y produciría uno de los episodios más oscuros y deplorables de la historia reciente: la tragedia del Holocausto. “El sistema de campos de concentración nazi continúa siendo un *unicum*, en cuanto a magnitud y calidad. En ningún otro lugar o tiempo se ha asistido a un fenómeno tan imprevisto y tan complejo: nunca han sido extinguidas tantas vidas humanas en poco tiempo ni con una combinación tan lúcida de ingenio tecnológico, fanatismo y crueldad”⁵. Como bien apunta Primo Levi, uno de los supervivientes del *Lager* de Auschwitz, nunca antes en toda la historia habíamos podido

³ *Ibíd.*, p. 549 - 550.

⁴ Bauman, Z. *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 2008, p.94.

⁵ Levi, P. *Trilogía de Auschwitz*, Austral, Barcelona, 2019, p. 484.

presenciar un genocidio de tal escala, y los ojos humanos han visto un gran número, él mismo cita la propia matanza por parte de los conquistadores españoles de millones de indígenas en América, sin embargo, existen grandes diferencias que hacen a la Shoá especial, en contraposición de otros episodios similares. ¿Qué diferencias existen? Han pasado siglos desde crímenes cometidos por los conquistadores europeos en toda América, y la pregunta que nos surge a todos la fórmula excelentemente el intelectual italiano: “¿no habíamos tratado de librarnos de todo ese horror dando por sentado que se trataba de <cosas de otros tiempos>?”⁶ ¿Cómo es posible que se diera tal genocidio en pleno siglo XX, en plena modernidad?

Tras la Revolución Francesa, y la Ilustración, el ser humano creía haber dejado atrás la oscuridad característica de las épocas pasadas. La Ilustración trajo la luz, e iluminó eso que estaba hasta entonces en las tinieblas, concibiéndose de esta manera a la Ilustración como el gran movimiento que dirigiría la luz de la razón sobre todos los aspectos del ser humano, iluminando a cada uno y alejando así el oscurantismo característico de épocas pasadas. Durante y tras la Ilustración el ser humano colocó a la razón sobre un pedestal, casi más alto que el lugar que ocupa tradicionalmente la deidad de turno, pues la razón y sus ideales destruirían el oscurantismo de la religión y organizarían las sociedades de un modo más racional y justo: esta fue la promesa de la Ilustración. Sin embargo, la promesa acabaría torciendo sus cristalinos y pulcros ideales.

Esta razón nos daría la capacidad de conocer objetivamente el mundo, contrapuesto al prejuicio o la superstición. Los ilustrados confiaban en la posibilidad de superar las limitaciones que la naturaleza impone al ser humano, y las formas de opresión social, político y económica que los hombres imponen a los otros hombres, gracias todo al desarrollo de la razón en cada uno de los aspectos que rodea toda construcción humana, y acrecentar el conocimiento, ya que “la Ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores”⁷; el objetivo último del conocimiento de la realidad es la liberación de la humanidad. Esta razón ilustrada a su vez permitiría la ruptura con la tradición, y sobre todo con la autoridad religiosa, pues la razón puede darse a sí misma sus propias leyes, pues es una razón, autónoma, crítica. Además, comenzarían a darse las primeras reformas de los que brotarían los Estados, superando al antiguo

⁶ Ibid., p. 484.

⁷ Horkheimer. M, Adorno. T. *Dialéctica de la Ilustración*, Editorial Trotta, Valladolid, 1998, p. 59.

régimen, proclamando una idea fundamental, la idea de progreso, de prosperidad, de desarrollo permitida por posicionar a la razón en el pedestal más alto.

Sin embargo, aspectos como la destrucción, que se pensaba irracional, se gestaron de nuevo como una acción casi perversamente civilizada, como sucedió en la Shoá. De esta forma, todo aquello que supuso los frutos de la Ilustración, como la técnica, la ciencia, el Estado moderno... sirvió para producir muerte. Se dio así un “entrelazamiento dialéctico entre la ilustración y dominio, la doble relación del progreso con la crueldad y con la liberación, que los judíos pudieron experimentar”⁸, debido a un régimen nazi, que lejos de ser irracional, continuó desarrollando esta racionalidad, una racionalidad instrumental como algunos señalan (Horkheimer), relacionada con el dominio y por tanto con la cultura racionalista inspirada en los principios de la Ilustración que también llevaran la marca del dominio, del avasallamiento y de la opresión que se constata en el siglo XX con el fascismo y los totalitarismos.

Las promesas Ilustradas degeneraron, esa razón que nos liberaría de las cadenas de la oscuridad, la superstición y la religión nos encadenó de la misma forma, pues la sociedad moderna, y el desarrollo de la razón, de la ciencia, permitió al régimen nazi crear los eficaces campos de muerte, unos engendros de barbarie que jamás podrían haberse dado en otra época, revelándonos que la modernidad tras la Ilustración no trajo “consigo la emancipación real de los hombres, también la cultura enfermó. Cuanto más la conciencia culta fue dejando atrás a la realidad social, más sucumbió a un proceso de reificación. La cultura terminó por convertirse enteramente en mercancía, difundida como información, sin capacidad para penetrar ni siquiera en aquellos que hacían uso de ella. El pensamiento pierde impulso, se limita a la aprehensión del hecho aislado. Las conexiones teóricas complejas son rechazadas como fatiga inútil y molesta. El momento evolutivo del pensamiento, su aspecto genético e intensivo, es olvidado y reducido a lo presente e inmediato, a lo extensivo. El ordenamiento de la vida actual no deja espacio al yo para extraer consecuencias intelectuales. El pensamiento reducido a saber es neutralizado, utilizado para la calificación en los mercados sectoriales de trabajo y para aumentar el valor mercantil de la personalidad. Así desaparece la autorreflexión del espíritu, capaz de oponer resistencia a la paranoia”⁹. Como bien apuntan Adorno y Horkheimer en su “*Dialéctica de la Ilustración*”, la razón al servicio del capitalismo y de los regímenes fascistas solo podía traer penuria, transformándola en una búsqueda de

⁸Ibíd., p. 214.

⁹Ibíd., p. 240.

eficiencia, sin importar la naturaleza de su uso, ya sea utilizada incluso para imponer dominio, o para gestionar de la forma más eficaz posible el asesinato en masa de millones de personas, como lamentablemente ocurrió.

Esta racionalidad instrumental podría aplicarse a cualquier fin, tanto egoístas o no, y eso ocurrió durante el Holocausto producido por el régimen nazi, pues la razón no impidió la construcción de los campos de concentración, al contrario, permitió su existencia, pues no eran más que un proceso industrial muy racionalizado y eficiente. De esta forma esta racionalidad moderna, fruto de la Ilustración, permitió la Shoá en pleno siglo XX. “El Holocausto se gestó y se puso en práctica en nuestra sociedad moderna y racional, en una fase avanzada de nuestra civilización y en un momento culminante de nuestra cultura”¹⁰, por lo que este horror nazi solo pudo ser posible en nuestro mundo moderno, donde la razón, la ciencia y la técnica ofrecieron la posibilidad para producir campos de concentración de la forma en los que se construyeron.

Fueron contruidos los *Lager* como el de Auschwitz, al que llegaban hasta él miles de judíos prisioneros, y enemigos del régimen nazi, a través de convoyes que habían dejado su finalidad atrás, normalmente utilizados como vagones de mercancías, ahora pasaban a ser vagones repletos de vidas humanas, ante nuestros ojos por supuesto, lo eran, para los integrantes de las SS que esperaban el contenido de los trenes, no eran más que vidas que no poseían ni la menor importancia, eran paquetes de huesos y sangre, que entrarían sosteniéndose por sus extremidades, pero que saldrían del *Lager* como ceniza. Los prisioneros entraban en los campos de concentración totalmente ignorantes de cuál sería su futuro y de lo que encontrarían allí, y la realidad se presentaba ante ellos como la peor pesadilla que pudiéramos imaginar; del interior de un *Lager* y lo que supuso para las víctimas hablaremos en los capítulos posteriores.

Contruidos para la matanza en cadena y en masa de los prisioneros, gran parte judíos, los propios *Lager* tuvieron también utilidades, digamos que, industriales, en relación a la modernidad capitalista y técnica que imperaba en el mundo, y es que “especialmente durante los últimos años de la guerra, los *Lager* constituían un sistema extenso, complejo, profundamente compenetrado con la vida cotidiana del país (...) Sociedades industriales grandes y pequeñas, haciendas agrícolas, fábricas de armamentos, sacaban provecho de la mano de obra prácticamente gratuita que proporcionaban los campos”¹¹. Los prisioneros eran utilizados hasta su agotamiento y posterior muerte, como

¹⁰ Bauman, Z. *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 2008, p.14.

¹¹ Levi, P. *Trilogía de Auschwitz*, Austral, Barcelona, 2019, p. 479.

bueyes utilizados para la carga. Y no solo eso, pues gran número de empresas alemanas sacaron provecho de la construcción de los propios campos de concentración modernos, ya que por ejemplo los innumerables crematorios, utilizados para eliminar cualquier prueba de lo que ocurría en el interior de aquella modernidad, fueron proyectados y contruidos por estas empresas, encargados por los mandos de las SS que dirigían los *Lager*. Es lógico preguntarse si los empleados y dirigentes de estas empresas no sospechaban nada en absoluto de lo que estaban construyendo, y para qué lo hacían, sin embargo, esas dudas “fueron sofocadas por el miedo, por el afán de lucro, por la ceguera y, en algunos casos (probablemente pocos), por la fanática obediencia nazi”¹². Igualmente, supieran o no con que utilidad los construían o para qué necesitaban de la industria química grandes cantidades de ácido cianhídrico (utilizado por supuesto en las macabras cámaras de gas) ocurrió, nadie lo impidió, y la industria moderna lo possibilitó, sin cuestionarse en absoluto que haría las SS con ese ácido o con los hornos crematorios.

Desde luego, si echamos la vista atrás, sabemos que este no es el primer genocidio que se da en la historia del ser humano. Las sangrientas guerras, las luchas entre pueblos, naciones, salpican hasta inundar de sangre las páginas de nuestra historia; a nada que abramos un libro de historia encontraremos episodios donde se han dado auténticas masacres, donde el ser humano ha derramado la sangre de otro ser humano. La famosa cita de Hobbes, equiparando al hombre con la especie del *Canis Lupus* deja en evidencia que “todas las teorías políticas propiamente dichas presuponen que el hombre es *malo*, o lo consideran como un ser no sólo problemático sino *peligroso* y dinámico”¹³, peligroso sin duda para los otros de su misma especie. Esta última afirmación podría incitarnos a pensar que el genocidio de la Shoá no es más que otro suceso de muerte y destrucción en nuestra andadura por el mundo, uno más de cientos anteriores, y por consiguiente pensar que las promesas de la modernidad fallaron en evitarlo pero que no es responsable del Holocausto judío, ya que como acabamos de indicar este tipo de episodios se suceden desde que el ser humano dio sus primeros pasos hace ya miles de años.

Nada más lejos de la realidad: la Shoá es sin duda uno de los muchos episodios de asesinatos que se han dado en masa a lo largo de la historia humana, pero como ya hemos ido viendo “tiene unas características que no comparte con ninguno de los anteriores casos de genocidio. Estas características son las que merecen especial atención: tienen un aire claramente moderno. Su presencia indica que la modernidad contribuyó al Holocausto

¹² *Ibíd.*, p. 480.

¹³ Schmitt, C., *El Concepto de lo Político*, Alianza ed., Madrid, 2014, p.91.

(...) Indica que el papel de la civilización moderna en la incidencia y la comisión del Holocausto fue activa, no pasiva. Significa también que el Holocausto fue tanto un fracaso como un producto de la civilización moderna. De la misma manera que todas las cosas hechas al modo moderno (es decir, racional, planificada, científica, coordinada y eficientemente administradas), el Holocausto superó y empujó a todos sus posibles equivalentes premodernos dejándolos como primitivos, antieconómicos y poco efectivos”¹⁴. La diferencia fundamental entre el genocidio moderno en los *Lager*, y cualquier otro episodio de violencia desmedida del pasado anterior a este hecho, es análoga a la diferencia que existe entre la industria moderna, junto con sus procesos industriales avanzados, maquinaria y herramientas modernas, más eficaces y productivas, frente al taller de un productor en el medievo, por ejemplo. Una producción en masa de muerte, un genocidio eficiente, productivo, en el que millones de judíos y enemigos del régimen nazi fueron asesinados no podría haberse llevado a cabo a través de la técnica empleada en el taller de un fabricante medieval, solo fue viable gracias a las posibilidades que ofrecía las técnicas y métodos empleados en una fábrica moderna.

Este genocidio moderno difiere de cualquier otro asesinato en masa anterior, pues la planificación a través de la razón y la eficacia es esencial, no se podría dar de otra forma. El motivo principal también es drásticamente diferente ya que “el genocidio moderno es genocidio con un objetivo. Librarse del adversario ya no es un fin en sí mismo. Es el medio para conseguir el fin, una necesidad que proviene del objetivo final, un paso que hay que dar si se quiere llegar al final del camino. El fin es una grandiosa visión de una sociedad mejor y radicalmente diferente. El genocidio moderno es un ejercicio de ingeniería social, pensado para producir un orden social que se ajuste al modelo de la sociedad perfecta”¹⁵. Para el régimen fascista de la Alemania nazi de Hitler, la eliminación de los judíos en los campos de concentración era absolutamente ineludible, para así alcanzar la visión de esa sociedad superior que anhelaba el *Führer*, un mundo ideal donde solo la raza aria tiene cabida en él.

Las víctimas de este Holocausto fueron eliminadas porque con ellas en pie esta sociedad perfecta que buscaba el régimen nazi no podría fundarse, no eran compatibles, y por tanto fueron asesinados para así crear ese mundo mejor, el tercer Reich. Esta eliminación en masa se realizó “de una manera monótona y mecánica, sin emociones humanas, sin odio. Fueron asesinadas por qué no se ajustaban, por una u otra razón, al

¹⁴ Bauman, Z. *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 2008, p.113-114.

¹⁵ *Ibíd.*, p.114.

esquema de la sociedad perfecta. Su eliminación no fue un trabajo de destrucción sino de creación”¹⁶, y dicha eliminación fue totalmente racional, teniendo como meta final esa proclamación de la sociedad perfecta. Este genocidio moderno, como lo denomina Bauman, se engendró en el marco de un régimen fascista, antisemita, pero hijo de una modernidad, pues esta “modernidad es una época de orden artificial y de grandes proyectos para la sociedad, es la era de los planificadores, de los visionarios y, más en general, de los “jardineros” que tratan a la sociedad como una parcela de tierra que debe proyectar el experto y que luego hay que cultivar y mantener de la forma prevista”¹⁷. Estos “jardineros”, en la Alemania nazi, no hace falta señalar quienes eran, y su mundo ideal pasaba primero por la eliminación de la enfermedad que según ellos no dejaba brotar las flores de su jardín.

Este “jardín” perfecto que era necesario crear desde la sociedad y el mundo que ya existía previamente, necesitaba de un proyecto que comenzaba con un horrendo genocidio, que, sin embargo, para el régimen nazi, sus líderes, y gran parte del pueblo alemán, no suponía ningún problema ético o moral pues “para la modernidad, el genocidio no es ni anormal ni un caso de funcionamiento defectuoso. Demuestra de lo que es capaz la tendencia racionalizadora de la modernidad sino se la controla y restringe y cuando disminuye el pluralismo de las fuerzas sociales”¹⁸.

¹⁶ *Ibíd.*, p.128.

¹⁷ *Ibíd.*, p.140.

¹⁸ *Ibíd.*, p.141.

¿Qué supuso para las propias víctimas?

La vida en el *Lager*:

Los dirigentes y soldados de las SS que trabajaban en el interior de los *Lager* dejaban bien claras sus crudas y desagradables intenciones advirtiéndolo a los prisioneros que allí entraban de lo siguiente:

“De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedará para contarla, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no lo creería. Tal vez haya sospechas, discusiones, investigaciones de los historiadores, pero no podrá haber ninguna certidumbre, porque con vosotros serán destruidas las pruebas. Aunque alguna prueba llegase a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos: dirá que son exageraciones de la propaganda aliada, y nos creerá a nosotros, que lo negaremos todo, no a vosotros. La historia del Lager, seremos nosotros quien la escriba”¹⁹.

La historia la escriben los ganadores, y en ese momento el régimen nazi estaba seguro de su victoria. Terminarían dando “*solución al problema de los judíos*”, como ellos mismos lo llamaban, y las pruebas serían eliminadas en los hornos crematorios, ya mencionados en el capítulo anterior, pero que se tornan con una nueva dimensión en este. Los cadáveres debían de ser eliminados, y el fuego sería su aliado. Nadie en todo el mundo, terminase la guerra con una victoria aplastante o con la más clamorosa de las derrotas, creería que se habrían dedicado durante años a liquidar a millones de personas de la forma más cruel y vomitiva que pudiéramos imaginar, y con esto “ahora sabemos algo que no sabíamos en 1941: que también hemos de imaginarnos lo inimaginable”²⁰, y lo “*inimaginable*”, como señala Bauman, ocurrió. Las víctimas de los *Lager* sufrieron en sus propios cuerpos aquello inimaginable, con una vileza jamás vista hasta ese momento.

La verdad de los *Lager* salió de todas formas a la luz, ignorando el propósito firme del régimen nazi que eliminó casi por entero a su enemigo racial, y que destruyó con ellos gran parte de las pruebas. Los testimonios de algunos de los supervivientes, como Améry o Levi con sus obras en primera persona, nos permiten ponernos en su piel por unos instantes, aunque esa facultad de ponerse en el lugar del otro sea una empresa francamente imposible. De todas formas, lo intentaremos.

¹⁹ Levi, P. *Trilogía de Auschwitz*, Austral, Barcelona, 2019, p. 475.

²⁰ Bauman, Z. *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 2008, p.110.

En esta aniquilación total del pueblo judío existe una particularidad aún más sombría que la propia muerte que trajeron consigo a través de sus campos de concentración, y es que la vida en el interior del *Lager* la diseñaron para que fuese el mayor de los infiernos para las víctimas; los prisioneros eran reducidos día a día a algo menos que animales, arrancándoles su humanidad de un plumazo hasta quitarles posteriormente la vida, como la última posesión que les quedaba por extirpar. Los prisioneros entraban en el campo desnudos, se les quitaba todas y cada una de las posesiones que traían consigo, pues “era una constante el hipócrita consejo (u orden) de que se llevase uno consigo todo cuanto pudiera: especialmente el oro, las joyas, los valorespreciados, las pieles”²¹...cuando se les trasladaba hasta los *Lager* en trenes abarrotados para ser así saqueados. Tras este saqueo, y del desnudo posterior, tanto de vestido y calzado como de cualquier cabello o vello del cuerpo, se les tatuaba en el brazo su nuevo nombre, un código para clasificarlos a todos, arrebatándoles su verdadero nombre, su identidad, y dándoles una nueva, ese código numérico tatuado en la piel que podemos identificar también en la piel de las reses de un ganado. “Su significado simbólico estaba claro para todos: es un signo indeleble, no saldréis nunca de aquí. Es la marca que se imprime a los esclavos y a las bestias destinadas al matadero, y es en lo os habéis convertido. Ya no tenéis nombre: este es vuestro nuevo nombre”²². Imaginemos por un instante esta situación, sufrir un viaje en un vagón de tren repleto de personas desconocidas, entre los que se podía encontrar niños, e incluso ancianos, en unas condiciones pésimas, sin comida ni bebida, ni lugar para descansar o hacer las necesidades fisiológicas básicas, llegar al destino desconocido, y que comenzase la ceremonia que hemos señalado anteriormente... Debió de suponer la experiencia más traumática para aquellos que la vivieron, sin contar aún por todo lo que pasarían en el interior del maldito *Lager*.

La reducción de una vida humana a mero producto sin valor, que ingresaba en el *Lager* con la única finalidad de darle muerte, y en el transcurso de ese proceso que experimentase el mayor de los sufrimientos, era el trabajo para los miembros de las SS que dirigían estas fábricas de muerte. Pero la muerte no era inmediata, se encontraba allí, como una losa sobre todos los prisioneros, y que en cualquier momento esa losa podría terminar por hundirlos por siempre. ¿Y cómo era esta vida dentro del *Lager*? Suponía ingresar en otro mundo para sus víctimas, en un mundo con sus propias leyes y reglas, dictadas por los dirigentes del mismo, y basadas en la más pura violencia sin compasión;

²¹ Levi, P. *Trilogía de Auschwitz*, Austral, Barcelona, 2019, p. 564.

²² *Ibíd.*, p. 574.

nada se asemejaba a lo que se vivía en el interior de esos campos de subyugación. El que ingresaba en el *Lager* se enfrentaba a un mundo desconocido, abarrotado de individuos en las mismas circunstancias que él mismo, por lo que el primer pensamiento que llena tu mente y te reconforta es que aquellos individuos, prisioneros como tú, ayudarían a los nuevos ingresados. Lamentablemente la idea se desvanecía a los pocos instantes: no había cabida en aquel lugar para la solidaridad, no había tiempo para ayudar al compañero, ni esperanza alguna que supusiese que la ayuda podría si quiera prestarse y que sirviese esta de algo.

Todos luchaban por una única cosa: sobrevivir. El Yo y su supervivencia se alzaba sobre todo lo demás. Tras pocos días en un *Lager* cualquiera “había asimilado bien la regla principal de aquel lugar, que ordenaba ocuparse de uno mismo antes que de nadie”²³. La crueldad de la realidad imperaba sobre cualquier atisbo de apoyo y ayuda a tus propios congéneres. El engendro del nazismo ejercía de forma implacable su finalidad inhumana, la de destruir cualquier capacidad de resistencia que pudiera tener el enemigo allí cautivo. Cualquier tipo de esperanza o intento de rebelión era extirpado de forma visceral de cada uno de los presentes, derrumbando sus espíritus y fuerzas en pocas horas o días. ¿Cómo lo lograban?: “las patadas y los puñetazos inmediatos, muchas veces en pleno rostro, la orgía de las órdenes gritadas con cólera real o fingida, el desnudamiento total, el afeitado de las cabezas, las vestiduras andrajosas”²⁴, todo ello, y mucho más, bastaba para subyugar hasta el más fuerte de espíritu. En aquel lugar escondido de la luz del conocimiento público cualquier tipo de ayuda no se encontraba, ni tampoco se pretendía; la violencia imponía en la mente la idea de soledad y desamparo. Cada golpe en el rostro, cada patada en la boca del estómago, las palizas propinadas por los integrantes de las SS, o incluso por otros prisioneros o kapos (de los que hablaremos más adelante), causa el abandono más feroz del individuo sometido en el *Lager*, sintiéndose de nuevo un infante, sin la protección de una madre o un padre, desamparado y perdido en un lugar amenazador e incierto.

“Cuando no sabe esperar ninguna ayuda, la violación corporal perpetrada por el otro se torna una forma consumada de aniquilación total de la existencia. La esperanza de socorro, la certeza de ayuda forma parte, en efecto, de las experiencias fundamentales del ser humano y sin duda también del animal (...) La expectativa de ayuda pertenece a los elementos constitutivos de nuestra psique tanto como la lucha por la existencia. Ten

²³ *Ibíd.*, p. 537.

²⁴ *Ibíd.*, p. 499.

paciencia, dice la madre al niño que gime de dolor, enseguida te llevo el biberón calentito, una taza de té, ¡no te vamos a dejar que sufras!”²⁵. Jean Améry, superviviente del *Lager* de Auschwitz, habla así de la ayuda, dejando muy claro en la obra, que escribió tras la liberación de los *Lager* al terminar la guerra, que tras los primeros golpes de tortura y violencia en los campos se pierde la “*confianza en el mundo*”²⁶ que todos hemos desarrollado durante nuestra vida, que nos han enseñado y mostrado, pues ante el sufrimiento y el dolor la expectativa a ser auxiliados se encuentra muy apegada a nosotros; en el *Lager* cualquier suplica de auxilio será ahogada por la realidad del mismo.

No hay posibilidad de huida, y menos de rebelión, las fuerzas flaquean y el litro de sopa y la hogaza de pan mohoso diario no ayudan a recuperar fuerzas tras jornadas de trabajos intensivos y extenuantes, la violencia constante y la muerte acechante en cualquier lugar y encarnada en cualquiera solo aviva la más pura desesperanza. Y es entonces cuando todo vale para sobrevivir, pues ¿quién no haría lo que estuviese en su mano para lograr mantener la vida, mientras las escasas fuerzas te consigan mantener erguido y la violencia constante no acabe por silenciarte al fin? El hambre mataba a muchos, debido a las jornadas intensivas de trabajos que en gran parte solo estaban diseñados para socavar la integridad física de los prisioneros, ya que “según la retórica nazi y fascista, heredera en esto de la retórica burguesa, el trabajo ennoblece, y por consiguiente los innobles adversarios del régimen no son dignos de trabajar en el sentido usual del término. Su trabajo debe ser doloroso: no debe dejar sitio a la profesionalidad, debe ser el de las bestias de carga, tirar, empujar, llevar pesos, doblar el espinazo sobre la tierra”²⁷. Así pues, este tipo de trabajos, sin una compensación alimenticia suficiente como para conseguir hacer recuperar al cuerpo las energías para continuar de la misma forma otro día más, y sin apenas conciliar el descanso oportuno en catres de finos colchones rellenos de serrín sobre tableros de madera, los maltrechos cuerpos de los prisioneros sucumbían día a día.

La vida pues en el campo de concentración supuso una realidad, en muchos casos, difícil de afrontar. Muchos morían poco después de entrar en él, ya fuese por el choque que suponía estar en aquel lugar abandonado por todos los dioses, si es que alguna vez existió alguno, o en las cámaras de gas pues el azar había decidido que fuese tu turno. Jean Améry comprendió bien esta realidad, una que tardó más que el resto en asimilar,

²⁵ Améry, J. *Más allá de la culpa y la expiación*, Pre-Textos, Valencia, 2013, p. 91.

²⁶ *Ibíd.*, p. 90.

²⁷ Levi, P. *Trilogía de Auschwitz*, Austral, Barcelona, 2019, p. 576.

pues como explica en su obra el hombre intelectual era receloso a aceptar dicha realidad, además que le era más dura. La filosofía, el arte, la política, el pensamiento racional, el conocimiento, la cultura, en general todo aquel intelectual que en su vida había optado por algunas de estas herramientas para alzar y desarrollar su idea del mundo, se percató pronto que “no solo no ofrecía ninguna ayuda, sino que conducía directamente a una trágica dialéctica de autodestrucción. (...) el hombre de espíritu se resistía más que sus camaradas no intelectuales a ponerse siquiera al corriente de aquellas circunstancias inimaginables”²⁸. El hombre de espíritu no aceptaba el campo tan a la ligera, acostumbrado a la crítica y el cuestionamiento del mundo, el de fuera del *Lager*, y la realidad del campo le parecían tan opuesta a lo que podía considerar lícito en el mundo humano, que su formación le impedía siquiera aceptarlo. La cultura no ofrecía herramienta ninguna que sirviera de utilidad dentro del campo y frente a las amenazas de este, todo lo contrario, apuntan tanto Primo Levi como Jean Améry, que señala este último que “el hombre de espíritu, con toda su capacidad reflexiva y analítica, tenía menos defensas frente a sus exterminadores, que el hombre común: ciertamente este tipo de preso adoptaba frente a sus verdugos una actitud más disciplinada y por ello también despertaba menos antipatías”²⁹. Además de que para el hombre culto, aquel que en su vida cotidiana había acrecentado su conocimiento y cultura, su espíritu, dedicándose en la gran mayoría de veces a profesiones ligadas con la enseñanza, la política o la administración, y no oficios más manuales, lo que le bastaba para sumar otra desventaja, y es que jamás habían tenido la necesidad de realizar trabajos físicos, por lo que, como dice Levi “tuve que aprender de prisa varias cosas fundamentales, que los menos afortunados habían aprendido desde niños: la manera exacta de empuñar las herramientas, los movimientos apropiados de los brazos y del tronco”³⁰... En definitiva, para aquellos no familiarizados con una pala o un pico, la realidad del *Lager* podía ser incluso más complicada. En el *Lager* “el espíritu se declaraba incompetente. (...) El pensamiento se concedía raras veces un instante de reposo. Pero se cancelaba a sí mismo siempre que, a poco que avanzara, tropezaba con sus fronteras irrebasables”³¹.

A su vez, para un gran número de prisioneros la única salida posible para no perecer desfallecido por el hambre, fue la de lograr algún tipo de privilegio con el cual conseguir

²⁸ Améry, J. *Más allá de la culpa y la expiación*, Pre-Textos, Valencia, 2013, p. 65.

²⁹ *Ibíd.*, p. 67.

³⁰ Levi, P. *Trilogía de Auschwitz*, Austral, Barcelona, 2019, p. 587.

³¹ Améry, J. *Más allá de la culpa y la expiación*, Pre-Textos, Valencia, 2013, p. 78.

algo más de comida que suplementase el escaso alimento que las SS proporcionaba a los prisioneros. “Los prisioneros privilegiados estaban en minoría dentro de la población del *Lager* pero representaron, en cambio, una gran mayoría entre los sobrevivientes”³². Este tipo de prisioneros se protegía entre sí, manteniendo su estatus ante los nuevos o ante aquellos que quisieran poseer dichos privilegios. Colaboraban con las propias autoridades del *Lager*, y en este aspecto se asemeja a cualquier lugar donde el poder y la violencia se establece sobre muchos, ascendiendo el privilegio de unos pocos, permitido e impuesto por el poderoso, hostigando por vía doble al ya pisoteado. Incluso un escalón por encima estaba la existencia de los llamados *Kapos*, prisioneros con mayores privilegios, que tenían tareas y funciones incluso administrativas dentro del *Lager*, y que a muchos este poder les nublase en alguna medida la mente; quien ejerce poder, incluso en un lugar como este y ostentado por los mismos que estaban destinados a morir más pronto que tarde, acaba absorbido por él. Estos prisioneros casi funcionarios, podían ejercer la violencia contra los prisioneros, sin llegar a excederse, pues la violencia más cruda y mortal ya la desempeñaban los encargados de las SS. La fauna interna de un *Lager* fue extensa y larga para presentar al detalle en un monográfico como este, pero con estas pinceladas podemos advertir que dentro de ellos la estructura era más compleja que una simple división entre unos inocentes prisioneros y sus violentos captores.

Ante algunos de estos *Kapos*, pues como detallan muchos supervivientes llegaban incluso a matar a prisioneros, el juicio moral que podamos emitir es como poco delicado, pero sin duda el de aquellos privilegiados “es imprudente precipitarse a emitir un juicio moral. Debe quedar claro que la culpa máxima recae sobre el sistema, sobre la estructura del Estado totalitario; la participación en la culpa de los colaboradores individuales, grandes o pequeños es siempre difícil de determinar”³³, afirma el superviviente Primo Levi. La culpa es enteramente de los dirigentes del régimen nazi y sus secuaces de las SS, los prisioneros, tanto judíos como prisioneros políticos y prisioneros de guerra, como los soviéticos, son solo las víctimas de este macabro engendro. Muchos de los dirigentes y soldados de las SS justificaron sus acciones y los crímenes cometidos esgrimiendo siempre la misma defensa: “lo hice porque me lo mandaron; otros (mis superiores) han cometido actos peores que los míos; dada la educación que he recibido y el ambiente en que he vivido no podía hacer otra cosa; sino lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro en

³² Levi, P. *Trilogía de Auschwitz*, Austral, Barcelona, 2019, p. 501.

³³ *Ibíd.*, p. 504.

mi lugar, con más brutalidad”³⁴; todos tenemos elección en las acciones que cometemos, y la culpabilidad recae enteramente en este caso los artífices de este cruel genocidio.

La vida en los *Lager* era un auténtico infierno, y el régimen nazi lo había diseñado con la mayor de las eficiencias. Si su misión no solo era aniquilar, sino que también conseguir acabar con sus autoimpuestos enemigos raciales devastando sus espíritus por completo, lo habían logrado con creces. Tras todas las páginas que llevamos ya escritas una de las ideas que sacamos en claro es que un pedazo del mismísimo infierno brotó en nuestro mundo, y las SS se encargaron de su mantenimiento y puesta a punto. Ellos son los eternamente culpables, de haber ejercido sobre sus víctimas no solo su exterminio sino la destrucción de su humanidad durante la vida en el *Lager*. Por suerte, no lograron su objetivo y hubo supervivientes.

Sin embargo, tras la liberación de los *Lager* al finalizar la guerra por los Aliados, muchos prisioneros judíos sintieron la más profunda de las culpas y la vergüenza de haber sobrevivido. Pero, ¿por qué?

³⁴ *Ibíd.*, p. 488.

¿Por qué la Culpa y la Vergüenza en los Supervivientes?

La muerte en el *Lager*:

En este infierno sobre la tierra, ahora llamado *Lager*, la vida humana se tornaba en dolor, humillación y degradación hasta convertir a los prisioneros en seres con un espíritu desgarrado. El capítulo anterior nos presentó aquella no-vida en el campo que terminó por segar la de millones, y que alguno pudo conservar hasta el final de la guerra y la liberación de los *Lager*. Solitarias y sin esperanza de auxilio o ayuda, las vidas de los supervivientes fueron insufladas de existencia al todo terminar, sin embargo, sus espíritus estaban trastocados, truncados por todo lo experimentado y sufrido, y la alegría por abandonar aquel lugar sumergido en la oscuridad no se instauró en ellas, sino todo lo contrario; afloró el sentimiento menos anhelado por todos, el de vergüenza y culpa por haber sobrevivido a la masacre.

Muchos de los supervivientes coinciden en algo, y es que se instauró en ellos una pesada carga, además de los funestos recuerdos, y es la pesada losa del ¿por qué yo?, de haber sobrevivido en lugar de otros miles que perecieron. Las preguntas surgieron en el interior de muchos, cuestionándose a sí mismos: “Es que te avergüenzas de estar vivo en lugar de otro?”³⁵ se pregunta Primo Levi en un ejercicio de introspección, “y sobre todo ¿de un hombre más generoso, más sensible, más sabio, más útil, más digno de vivir que tú? No puedes soslayarlo: te examinas, pasas revista a tus recuerdos (...) nunca has golpeado a nadie (pero ¿habrías tenido fuerzas para hacerlo?), no has aceptado ningún cargo (pero no te lo han ofrecido), no has quitado el pan a nadie; y, sin embargo, no puedes soslayarlo. Se trata solo de una suposición, de la sombra de la sospecha: de que todos seamos el Caín de nuestros hermanos”³⁶. La culpa de haber sobrevivido en vez de otros compañeros se apoderó de muchas mentes, esa idea de que los “mejores”, los más valientes, los que no robaron, no fueron violentos, los que no colaboraron, son los que no sobrevivieron, y por contra los “peores”, los que tuvieron suerte o habilidad, los violentos también y los que se movieron en la franja entre la supervivencia y la colaboración, son

³⁵ *Ibíd.*, p. 539.

³⁶ *Ibíd.*, p. 539 – 540.

los que pudieron salir del *Lager* por sus propio pie. El sentimiento de moralidad de los supervivientes se trastocó, identificando su no hundimiento con algún tipo de maldad que los hubiera llevado a mantener sus vidas; la culpa por sobrevivir en lugar de los demás se impuso sobre la de una posible alegría o dicha por haber conseguido no morir en un lugar diseñado para ejercer la muerte en masa.

“La muerte estaba omnipresente”³⁷, afirma Améry, que recuerda “momentos en que pasaba ausente, sobre pilas de cadáveres, pues nos encontrábamos todos harto extenuados y apáticos siquiera para arrastrar a los muertos fuera del barracón”³⁸. En aquella fábrica de muerte los prisioneros eran conducidos, poco a poco, hacía una única meta: la extinción de sus vidas. La muerte era el Dios que imperaba sobre aquel mísero lugar, y su sombra envolvía a cada uno de los prisioneros, haciendo suyo su espíritu. Muchos se aferraban a la religión o a su dogma político, como el marxismo, para darse esperanzas. De llegar la muerte que les sobrevolaba a cada día, a cada minuto, a cada segundo, lo haría de igual forma que a sus camaradas ateos o apolíticos, sin embargo “su fe o su ideología les proporcionaba un punto de apoyo firme en el mundo”³⁹, ya fuese por la idea de que su Dios los salvaría en el reino más allá tras la muerte, castigando a su vez a la humanidad con aquella guerra sin sentido por sus excesos y pecados, o ya fuese porque el capitalismo y el fascismo habían acabado confirmando los temores del marxismo, y ahora había que terminar con aquella lacra. Daban sentido así a lo que les ocurría, a su realidad, concibiendo así a la muerte con un propósito final. Lo que está claro, como señala Jean Améry en su obra, es que “sobrevivían mejor o morían con mayor dignidad que sus camaradas intelectuales ateos o apolíticos”⁴⁰.

Lo que también estaba claro es que, afrontases la muerte como la afrontases, esta te alcanzaría, pues para esto mismo fueron diseñados los *Lager*. Como un animal en el matadero, su destino final era el ya sabido por todos. Las condiciones en las que ocurría ya han sido desgranadas, la vida estaba ensombrecida por la muerte final. Puesto que el prisionero se daba de bruces al entrar en el campo con aquella realidad tan cruda, lo mismo le ocurría al enfrentar la muerte y su posible significado. Solo el religioso o el ferviente seguidor político le encontraba un resquicio de significado, bíblico u orientado a una causa mayor, para el resto “en Auschwitz no había espacio alguno para la muerte

³⁷ Améry, J. *Más allá de la culpa y la expiación*, Pre-Textos, Valencia, 2013, p. 73.

³⁸ *Ibíd.*, p. 73.

³⁹ *Ibíd.*, p. 69.

⁴⁰ *Ibíd.*, 2013, p. 69.

en su forma literaria, filosófica o musical”⁴¹, en el *Lager* solo había espacio para la muerte, la muerte más cruda y más inhumana, la misma que se le da a los animales al entrar al matadero, incluso peor, pues a estos hoy en día se les proporciona en muchos casos una previa sedación.

Tras una vida en el campo de concentración que aplacaba cualquier resistencia, moral y física, una estancia protagonizada por la violencia más inhumana, el sufrimiento más atroz y el abandono más inhumano, la muerte no se iba a alejar de la experiencia de vida en los *Lager*. Ambas van de la mano. El que vivía prisionero en el campo sabía que la muerte llegaría. Su presente no tenía ningún futuro, se vivía la realidad más instantánea, el hambre, la violencia y el dolor, se mezclaban con aquella vida que pronto alcanzaría el final. Tan fusionada estaba la vida con la muerte que el hecho de morir no preocupaba, era ya un compañero más de barracón; a diario, y a cada hora, el hambre, la decisión de un integrante de las SS, o la violencia del *Lager* alcanzaba una vida y le ponía fin. “En el campo se contaba, a título de ejemplo, el caso de un hombre de las SS que un día había rajado el vientre de un prisionero y lo había rellenado de arena. Salta a la vista que ante tal extremo la gente casi no se preocupaba de *si* había que morir o del hecho de *que* tuviese que morir, sino solo de *cómo* sucedería”⁴². Se pensaba cómo se iba a morir, que sufrimiento iba a soportar antes de dejar de sentir, pero de lo que estaban seguros era de la muerte.

¿Cómo poder si quiera no derrumbarse al instante, si quiera respirar y permanecer en pie, si quiera vivir, con la muerte acechando a cada instante? El miedo a morir se encuentra intrínseco en lo más profundo de nuestro fuero interno, y a veces se alza, para preveniros, para ponernos en alerta ante situaciones que amenacen nuestra vida, como mecanismo de conservación. Se encuentra en la mente del que intenta comprenderla, que la rodea y trata de dominarla, o analizarla. También se acrecienta en aquel que se enfrenta a ella, el soldado que combate en una guerra y que la ve a diario, con la diferencia que él mismo la ejerce y posee; es un individuo que, por orden de sus superiores, en nombre de su patria, ejerce contra el enemigo la muerte, y que a su vez es objetivo de su contraparte en las filas de dicho enemigo. El miedo a morir se encuentra en el enfermo al que se acerca su hora, y en aquel que es abandonado por la sociedad en su conjunto. Al prisionero del *Lager* la muerte no se encarna en miedo o angustia, porque para el prisionero “la muerte ya no poseía ningún aguijón que lancinase o estimulase a pensar. Tal vez así se

⁴¹ *Ibíd.*, p. 74.

⁴² *Ibíd.*, p. 75.

explica que el preso del campo -afirmación para todos, intelectuales o no- haya experimentado ciertamente miedo torturador ante determinados modos de morir, pero casi no haya sufrido verdadera angustia ante la muerte”⁴³. Combatir a diario con el hambre, el dolor de alguna paliza sufrida por *kapos* o miembros de las SS, o simplemente el desfallecimiento del cuerpo cuyo espíritu ya hace mucho que se rompió, conlleva que aquel mundo se convirtiese en la realidad más cruda que pudiese existir en cualquier parte de nuestro universo. La cruel realidad destrozaba cualquier idea, cualquier conocimiento que poseyese el individuo, cualquier pensamiento o razón, incluso el miedo a morir. No había espacio ni tiempo para nada de ello, para lo que nos hace humanos, solo para sobrevivir como lo hace un animal en el cruel medio natural; este medio sería artificial y creado para producir muerte.

Morir se moriría, y se esperaba únicamente que el dolor no fuese desgarrador, ya lo era en compensación aquella vida. Una vida de la que se encargó fríamente el régimen nazi de arrancar cualquier rastro de humanidad, consiguiendo así una muerte en seres que ya poco tenían que ver con los seres humanos, por lo que era más sencillo moralmente quitarles la vida. Nadie sufre por pisar una hormiga con su zapato al caminar por la calle, ni al aplastar una mosca molesta en el comedor de su domicilio. ¿Por qué sentir cualquier tipo de lastima o compasión al llevar la muerte a seres que han sido despojados de su humanidad? Son una raza tan débil que no han puesto impedimento ni resistencia alguna a ser encarcelados y deshumanizados. Estas ideas racistas del régimen que construyó los *Lager*, extinguieron millones de vidas, y algunos pudieron sobrevivir para dar testimonio de aquellos crímenes. Como escribió uno de sus supervivientes: “Habíamos estado viviendo durante meses y años de aquella manera animal, no por propia voluntad, ni por indolencia ni por nuestra culpa: nuestros días habían estado llenos, de la mañana a la noche, por el hambre, el cansancio, el miedo y el frío, y el espacio de reflexión, de raciocinio, de sentimientos, había sido anulado. Habíamos soportado la suciedad, la promiscuidad y la desposesión. (...) Nos habíamos olvidado no solo de nuestro país y de nuestra cultura sino también de nuestra familia, del pasado, del futuro que habíamos esperado, porque, como los animales, estábamos reducidos al momento presente”⁴⁴.

Tras sobrevivir, paradójicamente, muchos decidieron quitarse la vida. Volver la mirada atrás, no poder abandonar los recuerdos que taladrarían sus mentes, y ese sentimiento de culpa y vergüenza del que hablamos anteriormente, terminó por decantar

⁴³ *Ibíd.*, p. 76.

⁴⁴ Levi, P. *Trilogía de Auschwitz*, Austral, Barcelona, 2019, p. 533 – 534.

que la muerte era la solución. Ambos autores que han guiado gran parte de nuestro monográfico se suicidaron. ¿Por qué? ¿cómo es posible, que tras haber esquivado la muerte en el *Lager* decidiesen quitársela ya libres? La incesante y constante presencia del final impedía que se pensase si quiera en ejercerse a uno mismo la propia muerte en el *Lager*; el suicidio, además “es cosa humana y no de animales, es decir, es un acto meditado, una elección no instintiva, no natural; y en el *Lager* había pocas ocasiones de elegir, se vivía precisamente como los animales domesticados, que a veces se dejan morir pero que no se matan”⁴⁵. En libertad, la vida ya por fin te pertenece, y la muerte de igual manera; en libertad el ser humano ya no es un animal, es una persona, una tocada en este caso por el episodio más atroz de la historia.

La amarga respuesta a la formulada última pregunta se ha ido respondiendo en estos dos últimos capítulos.

CONCLUSIÓN:

No podemos olvidar lo que ocurrió. Creo sinceramente que esta frase resume la intención de haber optado por escoger este tema a la hora de plantearme la cuestión que quería tratar, y que tras leer todas las obras que he ido citando durante mi exposición, aumenta sin lugar a dudas su importancia. Cada uno de los capítulos aquí presentados, el desarrollo de los mismos y sus autores, que también fueron protagonistas de la Shoá, debería de ser impartido en las escuelas como temario obligatorio, de una forma mucho más detallada, desarrollada y extensa, para que los adultos que nazcan de dicha formación conozcan los horrores que no han de repetirse.

El pueblo judío sufrió con sus vidas la inimaginable Shoá, en plena modernidad, y quizás nunca se repita un acontecimiento tal, sin embargo, la destrucción de un pueblo entero se ha mostrado como un hecho deseable y posible de ejecutar. Lo que vivieron los supervivientes de los *Lager* parece algo ya del pasado, algo que no puede repetirse, pues es un hecho macabro de generaciones menos civilizadas que la nuestra. Esto se suele esgrimir, el hecho de pensar que como sucedió en el siglo pasado, es un hecho aislado de otra era que en pleno siglo XXI no podría repetirse.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 534.

El autor de estas páginas no es tan inocente como para pensar que son solo “cosas de otros tiempos”. La historia del ser humano está escrita en sangre. Nuestro avance cultural, científico, tecnológico no impediría que se diera de nuevo una calamidad como la Shoá, pues como hemos visto, este mismo avance lo permitió. La maldad con la que se humilló y destrozó a cada ser humano que pasó por un *Lager* fue practicada con frialdad y eficacia; el objetivo de los campos de concentración era terminar con las vidas de todo un pueblo, considerado por este régimen nazi como una raza que debía de ser extirpada de la sociedad, para así obtener el mundo que tenían en mente.

El pueblo judío experimentó este genocidio industrial, y nadie pudo prever aquello, ni tan siquiera imaginarlo. ¿Podría volver a suceder? Hemos comprobado en números veces que la historia se repite, que los fallos de nuestros antecesores suelen ser reproducidos en el presente. Creíamos extinto al fascismo y en la actualidad tiene un peso cada vez mayor en la política de toda Europa. Se dio una primera Guerra Mundial y pocos años después le siguió una segunda. El ser humano fue capaz de aquellas atrocidades, y me temo que es muy capaz de repetirlas, pues nos demostró a través de la Shoá que puede llegar a alcanzar las cotas más altas de maldad y odio contra sus congéneres; ¿podemos estar seguros de que no se repetiría un episodio de tal vileza? Genocidios tras el del pueblo judío se han repetido, como el de Camboya en la década de los 70. Parece que el mundo que ha construido el ser humano se alza sobre un sistema que favorece que guerras y crímenes contra la propia humanidad sean tan cotidianos que no nos espanten.

¿Cómo evitar que se repitan? Debemos conocer la historia, debemos escuchar a aquellos que no se hundieron en los *Lager*. Sus testimonios están escritos en sus obras. Podemos acceder con gran facilidad a ellos; es vital que lo hagamos. Una sociedad culta y prevenida es arduo complicado de manipular y que acepte con resignación crímenes como este, o guerras sangrientas sin sentido ni razón.

¿Llegara algún día el ser humano a no ser un lobo para sus propios semejantes?

Shalom aleijem.

BIBLIOGRAFÍA:

- Améry, J. *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*, Pre-Textos, Valencia, 2013
- Bauman, Z. *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 2008
- Horkheimer. M, Adorno. T. *Dialéctica de la Ilustración*, Editorial Trotta, Valladolid, 1998
- Levi, P. *Trilogía de Auschwitz*, Austral, Barcelona, 2019
- Schmitt, C., *El Concepto de lo Político*, Alianza ed., Madrid, 2014